

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Victor M. Molina
Por la Facultad

Juan Girelli
Por el Centro de Estudiantes

Emilio Bernat
Por el Centro de Estudiantes

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Enrique Loudet

José H. Porto
Por la Facultad

Andres D. J. Devoto
Por el Centro de Estudiantes

Alberto Bonfanti
Por el Centro de Estudiantes

Año XX

Julio, 1932

Serie II, N° 132

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALLE CHARCAS 1835

BUENOS AIRES

de José González Calé

El problema de la población

Introducción

I

El problema de la población ha sido encarado con criterios muy diferentes a través de los tiempos.

Durante la antigüedad y la edad media fué, ante todo y sobre todo, un problema religioso, moral y político. Su aspecto económico empieza a diseñarse en el renacimiento y va adquiriendo relieve, poco a poco, durante la edad moderna, hasta que al fin, en 1798, aparece el famoso libro de Malthus "Essay on the Principle of Population" que, — como acertadamente dice Gonnard —, dramatiza la cuestión.

El problema de la población pasa, entonces, a ocupar un lugar de preferencia entre los que se plantea la Economía Política.

Años después, Carlos Darwin y Alfredo Russel Wallace — ya nos ocuparemos de ellos más adelante — leen el libro de Malthus y, cada uno por su parte, y a veinte años de distancia, llegan a conclusiones análogas. En la base del problema de la población hay un problema biológico... Y sobre esa base Francisco Galton y sus sucesores fundan toda una ciencia: la eugenesia. El problema de la población adquiere, así, un nuevo aspecto. Los economistas habían discutido el tema teniendo en cuenta únicamente la cantidad. La nueva escuela pretende que se tome, también, en consideración la calidad.

II

Para llegar a comprender toda la importancia que tiene este nuevo modo de encarar la cuestión, es preciso hacer una incursión — muy rápida y somera desde luego — en el campo de la biología.

Afortunadamente el camino ha sido ya desbrozado por hombres especialmente capacitados para ello que nos han legado el fruto de sus estudios.

Ante todo — y encarando ya el tema desde el punto de vista de los biólogos — podemos admitir que la población de que nos ocupamos sea una población **no humana**, es decir, compuesta por organismos de cualquier especie animal o vegetal.

Claro que, si falta la inteligencia que se proponga resolverlo, no hay ya problema. Pero se puede postular — sin mayor inconveniente — la existencia de un ser inteligente — extraño a la población — que observa sus dificultades y trata de hallarles remedio.

Todo organismo tiene una vida limitada y necesita poderla defender, prolongar y propagar. Se vale para ello de las defensas que la naturaleza misma le ha dado y ejecuta, así, las dos grandes funciones vitales: la nutrición y la reproducción.

Es, precisamente, la primera de esas funciones la que marca — según los biólogos — la diferencia substancial entre animal y vegetal.

Mientras el vegetal es capaz de hacer síntesis, es decir, de tomar sus alimentos directamente del mundo inorgánico y transformarlos luego — para asimilarlos — en substancia orgánica, el animal ha de tener, forzosamente, a su disposición para sustentarse, organismos, animales o vegetales, éso no hace al caso, pero substancia orgánica al fin y al cabo.

Y ésto marca, también, en el problema de la población una diferencia fundamental, según sea vegetal o animal la población de que se trate.

La primera sólo necesita espacio, o, si se prefiere, tierra, para poderse propagar. La segunda necesita, forzosamente, disponer, no sólo de espacio, sino, además, de una población vegetal lo suficientemente numerosa como para que le permita vivir a sus expensas. Ocurre frecuentemente que la

especie animal que compone la población considerada no se alimenta de vegetales, sino de otra especie animal inferior. Pero éso no elimina la necesidad de contar con una población vegetal básica, por decirlo así, pues, aunque diversas especies animales de distinta categoría estén ordenadas de modo que cada una de ellas viva a expensas de la inferior, siempre existirá una categoría ínfima que sólo de vegetales podrá obtener su sustento.

En cuanto al hombre, ya sabemos que es omnívoro, es decir, que se vale a la vez de animales y de vegetales para su alimento.

Hay quienes trabajan por arrancar a la naturaleza el secreto que utiliza para crear la materia viva. Si tales trabajos tuvieran éxito muchas de las dificultades del hombre sobre la tierra quedarían allanadas. Pero éso, hoy por hoy, no pasa de ser una aspiración de los sabios. Se han obtenido, sí, algunas pequeñas cantidades de materia orgánica elemental; pero privada de su más preciosa propiedad: la de reproducirse.

También se ha pretendido fabricar alimentos sintéticos, es decir, productos de laboratorio substitutivos del alimento usual. No parece que los resultados obtenidos hasta la fecha sean muy alentadores. De cualquier modo, si éso llegara a ser posible, el problema de la población se habría simplificado enormemente, pero, a la vez, el hombre habría mecanizado una de sus funciones viles en detrimento evidente de su naturaleza humana.

De la otra función vital: de la reproducción, nos ocuparemos — desde luego, también muy a la ligera, — cuando tratemos el problema de la población desde el punto de vista de la calidad.

III

Porque el problema de la población — considerando ya más especialmente la población humana — estriba, justamente, en éso: en la falta de equilibrio existente entre el número de individuos que componen la población y la cantidad de medios de subsistencia de que disponen.

Fué, — como ya hemos dicho — el problema que enearó Malthus en forma dramática. Ya antes que él — y oportunamente lo veremos — otros pensadores habían tocado la cues-

tión desde distintos puntos de vista. Hubo, incluso, quien al abordarla trajo a colación la famosa progresión geométrica relativa al crecimiento de la población.

Pero Malthus — aparte de su indiscutible capacidad polémica — tuvo la suerte de llegar con su “Ensayo” en un momento propicio y en un país especialmente preparado para prestar preferente atención al problema que se le planteaba. Era, efectivamente, en 1798 y en Inglaterra; cuando la población del país empezaba a adquirir el ritmo de crecimiento que hizo pasar a Inglaterra y Gales solamente, en el transcurso del siglo XIX de 8,9 a 32,5 millones de habitantes; cuando se habían escrito ya los libros de John Graunt, de Sir William Petty, de Richard Price, de David Hume, de Arthur Young, de R. Wallace — para no citar sino algunos de los más salientes — todos ellos dedicados a estudiar cuestiones relativas o vinculadas a la población, y cuando se había publicado ya, con la enorme resonancia que por sus méritos le correspondía, el libro básico de la ciencia económica: “La Riqueza de las Naciones” de Adam Smith.

Roberto Malthus, pastor protestante educado en el Colegio de Jesús de Cambridge, donde reveló estimables aptitudes matemáticas (ocupó el noveno rango entre los de su curso) escribió su libro a los treinta y un años de edad como resultado de una polémica que tuvo con su padre a propósito de un ensayo publicado por William Godwin, en el *Inquirer*, en 1793, con el título de “The Inquiry concerning Political Justice and its influence en General Virtue and Happiness”. (La investigación concerniente a la Justicia Política y su influencia en la Virtud y la Felicidad General). Eran los tiempos de la Revolución Francesa. Y Godwin, influenciado por las nuevas ideas, creía, como Condorcet, en la igualdad y en la perfectibilidad humana.

Condorcet sostenía (Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano) que “la destrucción de “la libertad en las repúblicas antiguas, las tormentas que “las ha entregado a los tiranos extranjeros, provenían, en “gran parte, de la diferencia que hay entre los derechos “que la ley acuerda a los ciudadanos con los que realmente “gozan, y entre la igualdad que se establece por las instituciones políticas y la que existe entre los individuos”.

Como causas principales de las diferencias enumeraba las tres siguientes: la desigualdad de la riqueza; la desigual-

dad de estado entre aquellos cuyos medios de subsistencia, asegurados para ellos mismos, se transmiten también a su familia y aquellos para quienes estos medios son dependientes de la duración de su vida, o más bien, de la parte de su vida en que son capaces para el trabajo, y, en fin, de la desigualdad de la instrucción.

Y Condorcet abogaba porque tales causas de desigualdad se redujesen tanto como fuese posible, dentro del marco que imponen ciertas circunstancias naturales y necesarias.

Con la nivelación relativa de las fortunas y la difusión de la enseñanza muchos males desaparecerían y hasta la tierra sería más fecunda. “Entonces — dice — en un espacio de terreno cada vez más reducido, de una masa de alimentos de mayor utilidad o de un valor más elevado se podrán obtener goces más extendidos con un menor consumo... sin ningún sacrificio, los medios de conservación y de economía en el consumo seguirán a los progresos del arte de reproducir las diversas substancias, de prepararlas y fabricar los productos. Así, no solamente el mismo espacio de terreno podrá alimentar más individuos, sino que cada uno de ellos, menos penosamente ocupado, lo será de una manera productiva y podrá satisfacer mejor sus necesidades.” Y, como consecuencia del mejor aprovechamiento de las facultades del hombre, prevé que “Cada generación es llamada a goces más extensos y, por tanto, por una consecuencia de la constitución física de la especie humana, a un aumento en el número de los individuos”.

Se pregunta, enseguida, si ese aumento no llegaría a superar el de los recursos y a producir una disminución de bienestar y un retroceso o, por lo menos, una oscilación entre el bien y el mal que se reproduciría periódicamente con la correspondiente secuela de miserias. Pero rechaza el peligro juzgándolo muy remoto y considerando que, para entonces, los adelantos humanos habrían llegado a una altura imposible de vaticinar.

Por lo demás, llegado ese momento crítico, los progresos de la razón serían tales que el hombre sabría perfectamente que tiene deberes que cumplir con respecto a los seres que aún no han nacido, y que esos deberes consisten en darles, no la vida, sino la felicidad; en procurar el bienestar de la especie humana, no en cargar la tierra con seres inútiles y des-

graciados. Podría, pues, haber un límite para la masa de subsistencias, y, por consiguiente, para la mayor población posible, sin que resultase por ello la destrucción prematura de vidas que tan contraria es a la naturaleza y a la prosperidad social.

Como se verá, apunta al final, aunque relegada a tiempos muy lejanos del porvenir, la necesidad de considerar la superpoblación del mundo, eje del libro de Malthus.

No obstante ello, el ensayo de Godwin, fundado en la teoría de Condorcet, fué el que — como reacción opositora — provocó la aparición de la obra de Malthus. Hemos citado con algún detenimiento a Condorcet porque su libro es fácil de encontrar y de compulsar a diferencia del ensayo de Godwin, casi inhallable y al que hay que citar de segunda mano y fragmentariamente.

Lo esencial es que Godwin, siguiendo las ideas de Condorcet, cree en la perfectibilidad del hombre y achaca a la injusticia de las instituciones que gobiernan al mundo todos los males que afligen a la humanidad. Preconiza la completa igualdad y cree que la propiedad privada es injusta, y que si cada cual recibiese lo suficiente para atender a sus necesidades desaparecerían el vicio y la miseria, que sólo prosperan a la sombra del egoísmo y la codicia. Llega también, audazmente, a afirmar que con el tiempo acaso desaparezca la atracción entre los dos sexos. Y, en cuanto a las dificultades posibles por exceso de población, no las admite sino para un futuro muy remoto. Y dice textualmente: “Tres cuartas partes del globo habitable permanecen aún sin cultivar. Las partes ya cultivadas son capaces de mejoras incalculables. Miriadas de centurias pueden transeurrir. Una población, siempre creciente, continuará hallando en la tierra suficientes medios de subsistencia”.

Esta afirmación fué — según uno de los más autorizados comentaristas — la que le atrajo la réplica de Malthus.

Y con ella el olvido, pues, merecidamente o no, la fama de Malthus obscureció por completo la de su poco afortunado antagonista.

IV

Malthus publica la primera edición de su obra en forma anónima.

poco menor de trece años. Según los cálculos de Sir William Petty el período se reducirá a solo diez años. Como no conviene incurrir en exageraciones puede admitirse que la duplicación se efectúa solo cada venticinco años. Por otra parte, es evidente que la tasa de crecimiento opera lo mismo en una población de mil que en una de mil millones.

No ocurre, en cambio, lo mismo con los alimentos:

El hombre ocupa una determinada porción del globo. Cuando un **acre** ha sido añadido a otros, hasta ocupar toda la tierra fértil, los sucesivos aumentos de la producción dependen de las mejoras que se introduzcan en la tierra ya ocupada. Pero estas mejoras tienen un cierto límite, en tanto que la población crece con ritmo igual.

Y tomando como ejemplo de sus razonamientos a un país determinado, Inglaterra y Escocia, que por ser una isla se presta admirablemente para ello, añade: "La ciencia agrícola ha sido muy estudiada en este país y hay aún mucha tierra inculta. Consideremos la tasa de crecimiento que se puede prever, en las circunstancias más favorables."

Se puede admitir que en los primeros veinticinco años la producción de la isla puede duplicarse. Este aumento es mayor que el que razonablemente se puede esperar. Pero en los veinticinco años restantes no puede ya cuadruplicarse. Tal hecho sería contrario a todo lo que sabemos de la tierra.

"Mejorar las partes estériles sería una obra que requeriría tiempo y trabajo. Y todos los que tienen, aunque sólo sea rudimentos de agricultura, saben perfectamente que a medida que se extiende el cultivo los aumentos anuales que se obtienen en la producción forman una serie decreciente... Pero admitamos que en vez de **decrecer**, como fatalmente sucederá, tales aumentos se mantengan en el futuro y que cada veinticinco años la producción reciba un incremento constante. El especulador más optimista no podría soñar mejores resultados. En pocas centurias cada acre de tierra de la isla se habría convertido en un jardín."

"Si aplicamos a toda la tierra la misma hipótesis y admitimos que cada veinticinco años la producción aumente en una cantidad constantemente igual a la que hoy produce, obtendremos una tasa de crecimiento muy superior a cuanto nos es dado imaginar."

Establece Malthus, así, que los medios de subsistencia solo pueden crecer en progresión aritmética, en tanto que la

población crece en progresión geométrica; de suerte que al cabo de períodos de 25 años “la especie humana habría crecido como 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256, . . . , y las subsistencias como 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9. Al cabo de dos siglos la población estaría con respecto a los medios de subsistencia como 256 es a 9; al cabo de 3 siglos como 4096 es a 131 y al cabo de 2000 años la diferencia sería incalculable.”

“En la hipótesis hecha no se asigna límite alguno a la “producción de la tierra. Puede crecer indefinidamente y “llegar a ser mayor que cualquier cantidad dada. Pero como “la población crece aún con mayor empuje, la especie humana solo puede ser mantenida al nivel de los medios de subsistencia por el constante operar de la fuerte ley de la “necesidad que actúa como un obstáculo frente a la tendencia “expansiva más poderosa.

“El obstáculo final que halla la población es la falta de “alimentos, aunque en realidad sólo opera directamente en “casos extremos: cuando reina el **hambre**.

“Como obstáculos directos se tienen en cambio, ciertas “enfermedades y ciertos hábitos originados, al parecer, por “la escasez de alimentos, y todas aquellas causas, independientes de esa escasez, que tienden a debilitar y a destruir “prematuramente el organismo. Estos obstáculos pueden ser “clasificados en dos grandes grupos: los preventivos y los “positivos”.

Los primeros — en cuanto pueden ser voluntarios — son peculiares del hombre, único ser capaz de discernir la conveniencia de impedir la llegada al mundo de nuevos seres.

Y esta restricción voluntaria puede dar lugar a prácticas viciosas, degradantes para la especie humana. Sus consecuencias son entonces funestísimas.

En el mejor de los casos, la violencia ejercida sobre una de las más fuertes inclinaciones naturales ha de producir un cierto padecimiento. “Pero evidentemente — dice Malthus — “es un padecimiento leve, comparado con los peligros que de “otro modo podrían presentarse y, además, uno de tantos “sacrificios temporarios que se hacen en vista de una eterna “recompensa”. No olvidemos el carácter sacerdotal de Malthus.

“Los obstáculos positivos son extremadamente variados “y surgen de múltiples causas, que provienen tanto del vicio “como de la miseria. Tenemos, así: las ocupaciones malsanas,

“el exceso de trabajo, la exposición a las inclemencias del tiempo, la extremada pobreza, la mala alimentación de los niños, la aglomeración en grandes ciudades, los excesos de toda índole, la multitud de enfermedades corrientes, las epidemias, la peste, la guerra, el hambre.”

Todos esos obstáculos tienden en condensarse en definitiva en tres: contención moral, vicio y miseria (infelicidad, dolor).

Conviene hacer notar que la contención moral (**moral restraint**) solo fué considerada por Malthus cuando publicó la segunda edición del Ensayo. Las críticas acerbas que hubo de soportar le decidieron, sin duda, a ello. El sombrío porvenir que vaticinaba a la especie humana, condenada a optar entre la miseria y el vicio, se iluminaba un tanto. Existía aún una vía, aunque no exenta de sacrificios, de evitar los males extremos: no contraer matrimonio hasta que las condiciones económicas no lo permitiesen.

Cuando los obstáculos positivos nacen de la acción de las leyes inexorables de la naturaleza forman en conjunto lo que llamamos **miseria**.

Cuando nacen de la acción humana exclusivamente: guerras, excesos y demás, constituyen un grupo especial: provienen del **vicio**, pero su consecuencia es, también, la miseria.

“Los obstáculos preventivos y los positivos varían inversamente, pues en países insalubres o sujetos a una gran mortalidad, la prevención es innecesaria. En cambio ha de operar activamente donde la mortalidad es reducida.”

Todo lo cual le lleva a formular como resumen tres proposiciones:

1. — La población está limitada necesariamente por los medios de subsistencia.

2. — La población crece invariablemente allí donde aumentan los medios de subsistencia, a no ser que se lo impidan obstáculos muy obvios y poderosos.

3. — Estos obstáculos y los que reprimen el poder de expansión de la población y mantienen sus efectos al nivel de los medios de subsistencia, se condensan en restricción moral, vicio y miseria.

Malthus da por admitida la evidencia de su primera proposición y dedica, luego, la mitad de su libro a ilustrar las otras dos.

Pero lo dicho contiene, entera, la doctrina de Malthus, contraída y llevada de entonces acá.

Algo más contenía, sin embargo, su libro. Una acerba crítica a las ideas humanitarias que preconizaban un sistema de igualdad para remediar la mayor parte de los males humanos. No lo seguiremos a través de sus argumentos. Sin embargo es posible que esa parte del libro contribuyera — y no poco — a su éxito. Combatía con argumentos de apariencia científica las ideas económicas nacidas al calor de la Revolución Francesa, atacaba las **poor laws** (leyes de beneficencia) como contraproducentes; hacía a los pobres únicos responsables de su triste condición.

En efecto, con respecto a las **poor laws** escribía: “No tengo la menor duda de que si las **poor laws** no hubiesen existido nunca, habría habido, tal vez, unos cuantos casos más de infortunios graves, pero, ello no obstante, la **masa total de felicidad**, entre el pueblo entero habría sido mayor.”

Tan desconcertante y paradójica conclusión tenía, al sentir de Malthus, fácil explicación: “Esas leyes, en vez de reprimir, fomentan el mal, toda vez que favorecen el crecimiento de la población.”

Y para combatir el hambre y la pobreza pedía que se ensayaran estas medidas.

1ª. — Todas las leyes parroquiales que se refieren al domicilio deben ser abolidas. Eso dará al campesino una libertad de movimientos de que ahora carece.

2ª. — Deberían acordarse premios a los que entregaran al cultivo nuevas tierras.

3ª. — Habría que crear casas talleres para los casos extremos. Pero tales talleres no deberían ser considerados como confortables refugios, sino como lugares donde hallasen algún alivio las gentes muy mal tratadas por la fortuna. Y, todo el que fuera capaz de hacerlo, tendría que trabajar para ganarse el sustento.

Esa postura, frente a las reclamaciones de las clases pobres, le conquistó el apoyo de los conservadores. Los liberales, en cambio, lo combatieron con acritud. En la disputa que se promovió alrededor del “Ensayo sobre el Principio de Población” no se debatían solamente cuestiones económicas y sociales. El factor político con toda su inevitable secuela de egoísmo y de pasiones ejerció también no desdeñable influencia. Hemos de volver más tarde sobre este punto.